

con solidez, y además, aun cuando así fuese, no nos creemos competentes para erigirnos en profetas de lo futuro, ni en jueces de lo presente.

CAPÍTULO V.

VALLE DE MÉJICO.

Extension. — Propiedades del terreno. — Sus montañas. — Ascension. — Paisaje. — Colegiata de Guadalupe. — Tradición piadosa. — Juan Diego. — Zacualco. — San Cristóbal. — Pirámides de Tehotihuacan. — Su descripción. — Estatua del Sol. — Vista pintoresca. — Misterios. — Batalla de Otumba. — Tercio español. — Vistosos arcos aztecas. — Su intrepidez. — Heroica resistencia de los Españoles. — Bizarria de sus jinetes. — Sandoval. — Esfuerzos inútiles. — Inspiracion de Cortés. — Muerte del cacique Cihuaca. — Ganan los Españoles. — Cerro de Chapultepec. — El palacio. — El bosque. — Reminiscencias austeras. — Tacubaya. — Sus quintas. — Tlalpam. — Corte de la Fortuna. — Los albures. — Las vacas. — Panteon. — Desierto de Cuajimalpa. — Album gigantesco. — La bóveda del secreto. — El pueblo de Mixcoac. — Defensa de Churubusco.

El valle en que se halla la ciudad es de forma oval y tiene $18 \frac{1}{3}$ leguas de largo y $12 \frac{1}{2}$ en su mayor anchura. Está rodeado de una cordillera de montañas en las que abundan la amigdalóida porosa llamada en Méjico tezontle, el pórfido, el basalto, la obsidiana y diferentes especies de lava. El terreno del valle es en general detrítico y de aluvion moderno, con bancos de caliza de agua dulce y de toba caliza, cubiertos de *humus* ó tierra vegetal. En algunos parajes dominan las eflorescencias salinas,

sobre capas mas ó menos areniscas; en otros dominan los conglomerados de formacion moderna: y en muchos se ven todos los caracteres propios de terrenos volcánicos. A una legua de la ciudad, hácia el N. E., hay manantiales de nafta; y á las 3 leguas, hácia el E., los hay de aguas termales. La absorcion atmosférica, tanto en la ciudad, cuanto en el VALLE, es de una fuerza que parece increíble. La sequedad de la atmósfera suele hacer bajar á 43° el higrómetro de Deluc y á 42° el de Sayssure. El VALLE parece ser el antiguo cráter de un gran volcan, cubierto por una costra térrea de formacion, y á menudo se ve sacudido por violentos temblores. Las mayores alturas de la cordillera de este VALLE son los cerros llamados el *Talapon* y el *Ajusco*; y este, que es el mas inmediato á la ciudad, tiene su cúspide á 13,440 piés sobre el nivel del mar desde la ciudad, y desde cualquier puesto del VALLE se ven constantemente en toda su magnificencia las dos montañas mas altas de la cordillera principal de los Andes mejicanos, llamadas la una el *Popocatepetl* y la otra el *Ixtlacihuatl* ó *Zihualtepetl*, cubiertas ambas de hielos perpetuos desde su cima hasta 3,800 metros de altura absoluta; esto es, casi la altura del Pico de Tenerife. El *Popocatepetl*, que es un verdadero volcan y á cuyo cráter subieron, primero el capitán Diego de Ordaz y dos años despues otro de

los conquistadores llamado Francisco Montañó, el primero en el año de 1519, tiene de altura 5,400 metros (ó 2,774 toesas) sobre el nivel del mar. En ningun punto del VALLE se encuentran vestigios metálicos ni graníticos, y la vegetacion es tan vigorosa como variada.

El cuadro que ostenta el grandioso anfiteatro de montañas, la ciudad de los palacios, los llanos, lagos y flores es bellissimo. La ciudad nos presenta un conjunto que la vista abraza completamente, y se complace en considerarlo como si fuese un castillo feudal gigantesco, con sus mil entradas, salidas y tránsitos, formados por sus calles; con sus patios en que convertimos las plazas; con sus regios aposentós que pueden imaginarse, donde aparecen sus mas bellos edificios, como la Minería, el Teatro Nacional ó el Palacio con sus torreones y baluartes que semejan las iglesias y capillas que por todas partes descuellan, y que en nuestras guerras civiles han servido de defensas; tambien podremos colocarle su jardin en la frondosa Alameda, y sus fuentes en los lagos de Texcoco y Chalco. Esta ilusion brota en nuestra mente sin grandes esfuerzos de la fantasia, pues cuando se contemplan las colosales y sublimes obras de Dios, al par que las de los hombres, aparecen las de estos como un punto pequeño que se pierde ante la Omnipotencia que revelan las pri-

meras; por esto Méjico parece un solo objeto reducido, comparado con esos mares de verdura, respecto de la excelsa cadena de sus montañas, y ante la celeste bóveda ilimitada. Por el Oriente se ven los espléndidos volcanes que alzan sus nevadas y gloriosas cumbres mas allá de la region de las tempestades, y parece que bañan sus bases en los argentinos lagos de Texcoco y Chalco: la vista se desliza por sus faldas hasta llegar al Sur, donde encuentra en plácido reposo la ciudad de Tlalpam, en medio de sus sotos y enramadas salpicadas de flores, rodeada del sombrío Pedregal, y dominada por las salvajes rocas del Ajusco. Despues, por la derecha, se ven la Magdalena y Contreras, colocadas en posiciones pintorescas y elevadas, y el pueblo de San Jerónimo dormido á la sombra de su risueño bosque, excitando la vista de estos pueblecillos tristes recuerdos de nuestro infortunio. Mas acá se presenta San Ángel, con su cascada de plata; al pié de los cerros hallamos á Mixcoac solitario, y á Tacubaya, ostentando sus hermosas casas de verano; á un lado se destaca Chapultepec con su canoso bosque y aéreo castillo, que despierta mil recuerdos; de aquí parten á la ciudad los dos acueductos que la proveen de agua potable. Los pueblecillos de Tacuba y San Joaquin se encuentran siguiendo el contorno del VALLE hácia el Noroeste, mostrando

sus pintorescas torres por encima de las arboledas de sus huertas; la iglesia de los Remedios parece trepar por encima de las montañas. Al Norte se descubre, en santa soledad y religioso recogimiento, la colegiata de Guadalupe, con sus casas, capillas, cerros y estériles campos, hasta llegar á los lagos, despues que la vista ha descrito un círculo completo, y recreándose tambien al observar los relieves caprichosos de las cimas de todas las montañas del VALLE, que se dibujan en una atmósfera serena. Para interrumpir la monotonía de sus campos tan inmensos, además de los pueblos nombrados y otros, se hallan salpicados de haciendas, chozas, molinos y ruinas de iglesias, con praderas sembradas de maíz, del verde esmeralda mas hermoso, ó de dorados trigales, de grupos y calzadas de árboles y de colinas sembradas ó incultas; todo nadando en un océano de luz, bajo el dosel espléndido del cielo, ostentando todos los objetos sus brillantes colores, y los lagos retratando en sus espejos nubes aéreas y graciosas. Cuando la tempestad atraviesa el VALLE con su crujiente carro de fuego, y le habla con la poderosa voz del trueno, cubierta su faz con su ropaje de negras nubes, entonces despliega una pompa siniestra que halaga á las almas fuertes con terror sombrío. Otras veces, cuando siente los invisibles pasos de Dios, retiembla de pavor con sus monta-

ñas, gentes, árboles y aguas, con mudo espanto, que se comunica á todo; entonces con su elocuente silencio y señas magníficas, instruye en el poder tremendo del Criador. Pero cuando luce un día sereno, despues de una noche de tormenta, parece que la reina de Anáhuac, que la beldad indiana, que Méjico rejuvenecida recobra su antiguo poderío, y se presenta como en los tiempos de la conquista, radiante de belleza, ataviada con las galanas flores de sus campos, y adornando sus sienes con la diadema que le forman las montañas de su valle, donde relucen cual dos gigantescos diamantes el Popocatepétl y el Ixtlacihuatl.

El *Santuario de la Virgen de Guadalupe*, patrona de toda la República, es el mas reverenciado, y se hacen grandes viajes de los departamentos lejanos, solo con la intencion de ver la imágen de la Virgen. La tradicion es simple y poética, y los actores de un origen humilde. Juan Diego era un indio nacido en el pueblo de Cuautitlan, recién convertido á la religion católica, de costumbres arregladas y sencillas. Su familia consistía en su esposa que se llamaba María Lucía, y en un tío, Juan Bernardino. La vida de Juan Diego se reducía á trabajar en el pueblo de Tolpetlac, de donde venía á Santiago Tlatilulco á oír la doctrina de los religiosos franciscanos, que administraban entonces la parroquia. Atravesando

en uno de sus viajes una serranía árida, cubierta de espinos y malezas, que terminaba en la orilla de la laguna, por lo que en el idioma mejicano se llamaba Tepetlyecaczol, que los Españoles pronunciaban Tepeyacac, que quiere decir nariz del cerro, Juan Diego oyó una música tan suave y armoniosa que nunca la habia escuchado igual, ni entre los Españoles, ni entre la gente del país. Detúvose para observar de qué parte venían estas armonías, y entonces vió un arco iris de bellísimos colores, y en medio de una nube blanca y trasparente, la figura de una mujer de hermoso y apacible rostro y vestida á poco mas ó menos como usaban las indias nobles y ricas de esos tiempos. Juan Diego se acercó sin temor, y entonces la Señora le dijo que era la Madre de Dios, que deseaba se le edificase un templo en aquellos lugares, y que dispensaria su proteccion y amparo á los que de corazon se acogiesen á ella. Ordenó asimismo á Juan Diego que inmediatamente refriese al obispo lo que habia visto y oído. El indio lo hizo efectivamente así, y se dirigió á la casa de D. Fr. Juan de Zumárraga, del orden de San Francisco, que era entonces obispo de Méjico, y aunque tuvo mucha dificultad para entrar logró por fin hablar al prelado, é imponerle de cuanto habia ocurrido; pero no recibió respuesta satisfactoria, porque el obispo creyó que no eran

mas que visiones y quimeras de un indio que acababa de dejar el culto de los ídolos. Juan Diego volvió desconsolado, pero por tres veces mas se le apareció la Virgen. La quinta vez Juan Diego desanimado con las repulsas del obispo, y hallándose su tío Juan Bernardino gravemente enfermo, le pareció preferente negocio el buscar un confesor para que lo auxiliase, y así se desvió del camino para no encontrar en esa ocasion á la Señora que siempre se le aparecia; pero su intento fué vano, porque en el lugar donde todavía se halla un manantial de agua sulfurosa, la Virgen le salió al encuentro, le aseguró que su tío estaba ya perfectamente sano, y le ordenó que subiese á la cumbre del cerro á recoger diversas flores para que las llevase al obispo como comprobacion de la verdad de todo lo que le habia referido. En aquellos cerros cubiertos únicamente de espinas y abrojos, jamás se habian producido flores ningunas; sin embargo Juan Diego las encontró fragantes y olorosas, las recogió en su *tilma*, y se dirigió á Méjico á presentarlas al obispo, el cual habiendo sabido que le llevaba la señal que le habia significado pidiese á la Virgen, salió al salon lleno de la mayor curiosidad é interés, y acompañado de algunos sacerdotes y familiares. El indio refirió sencillamente lo que le acababa de pasar, dejó caer las dos puntas de su *tilma* para mostrar las

flores, y entonces el obispo y los circunstantes cayeron de rodillas ante la imágen, que apareció pintada en la capa ó *ayatl* del feliz y afortunado Juan Diego. Este suceso aconteció del 9 al 12 de diciembre de 1531, á los diez años y cuatro meses de la conquista, siendo pontífice Clemente VII y rey de España Carlos V. Luego que el obispo Zumárraga se recobró un tanto de la admiracion y pasmo que le sobrecogieron con la vista de aquellas flores llenas de frescura y fragancia y de la singular imágen estampada en la manta, llenó de cumplimientos y agasajos á Juan Diego, mandó buscar á Juan Bernardino, el que efectivamente habia sanado de su enfermedad, y dispuso reconocer acompañado de varios capellanes y personas notables los lugares donde, conforme á las relaciones de Juan Diego, se habia aparecido anteriormente la Virgen. Lo hicieron así, oraron y besaron con gran devocion y reverencia los sitios indicados, y regresaron al palacio episcopal que estaba en donde hoy es la calle de Donceles, y colocaron allí provisionalmente á la imágen, la que algunos dias despues fué trasladada á la catedral. Inmediatamente se mandó construir en *Tepeyacac* una ermita á expensas del señor Zumárraga, á donde la Virgen fué llevada el año siguiente de 1533, en medio de una procesion solemne, á la que concurrieron no solamente las

autoridades y vecinos españoles, sino tambien multitud de indios adornados con trajes de lana finísima, penachos y rodela de plumas de colores, que por todo el camino fueron recitando canciones y bailando *mitotes*, en honor de su nueva Reina y Soberana. Fabricó junto al templo una casita Juan Diego, y se dedicó enteramente al culto de la Virgen durante 47 años que sobrevivió, pues falleció el de 1548, á los 74 años de edad. Durante 90 años permaneció la Virgen en ese primer templo, que era de poca extension y mezquina arquitectura; habiendo crecido entre los fieles católicos la devoción á la Virgen, se colectaron muchas limosnas, y se comenzó á edificar la hermosa catedral que hoy existe, la cual se bendijo solemnemente á mediados de noviembre del año de 1622 por el Ilmo. señor D. Juan de la Serna, que era arzobispo de Méjico. La sola fábrica material costaba hasta entonces mas de 800,000 pesos, además del valor de un tabernáculo de plata que regaló el virey, conde de Salvatierra, y de sesenta lámparas tambien de plata, que estaban colgadas de la bóveda del templo.

Cerca de esta magnífica Colegiata, y rumbo á los llanos de Apam, está el pueblecillo de *Zacoalco*, notable por ser donde los conductores del pulque de aquellos rumbos lo bautizan con agua para introducirlo á la capital cristianamente. El pulque de

esos rumbos es el mejor, y los magueyes la verdadera riqueza de aquellas haciendas.

Siguiendo mas adelante se encuentra otra poblacion corta, llamada *San Cristóbal Ecatepec*, y notable por ser el lugar donde fué fusilado el héroe de Cuautla Amilpas; y allí en el mismo sitio de su sacrificio se alza una cruz, que recuerda al viajero tan triste acontecimiento.

Por el mismo rumbo que hace poco visitamos, pero á mayor distancia, se encuentra á *San Juan Teotihuacan*, célebre por sus dos pirámides, que nos causaron grande impresión, y que con excepcion del templo de Cholula, son los restos mas antiguos probablemente que existen en Méjico. Fueron halladas por los Aztecas, segun sus tradiciones á su entrada en el país cuando Teotihuacan, *la morada de los dioses*, era una ciudad floreciente, rival de Tula, la grande capital Tolteca. Las dos pirámides principales fueron dedicadas á *Tonatiuh*, el sol, y á *Meztlí*, la luna. La primera, que es notablemente la mayor, segun las últimas medidas se ha hallado que tiene ciento ochenta y dos piés de largo en la base, y ciento ochenta piés de alto, dimensiones no inferiores á aquellas de algunos de los monumentos de Egipto de este género. Estaban divididas en cuatro pisos, de los cuales tres son ahora discernibles, mientras los vestigios de las intermedias gradierías

están enteramente borrados. De hecho, el tiempo ha obrado con tanta fuerza sobre ellos, y los materiales han sido tan desalojados por la traidora vegetación de los trópicos, mofándose con su florido manto de la ruina que causa, que no es fácil discernir, á primera vista, la forma piramidal de las estructuras. Estas grandes masas poseen tal semejanza con los montecillos, que algunos han imaginado que eran eminencias naturales adaptadas por la mano del hombre á una forma regular, y exornadas con los templos y explanadas, cuyos restos todavía cubren las faldas. Pero otros, no viendo ejemplo de igual elevación en la ancha llanura en que permanecen, inferen, con mas probabilidad, que son enteramente de una construcción artificial. El interior está compuesto de barro con guijarros, incrustado en la superficie con la ligera y porosa piedra *tetzontli*, tan abundante en las cercanías. Sobre esta habia una espesa capa de estuco, semejante en su rojizo color al hallado en las ruinas del Palenque. Según la tradición, las pirámides están huecas, pero hasta ahora los trabajos para descubrir la cavidad en la dedicada al sol han sido infructuosos. En la otra se ha encontrado una abertura en la parte meridional, á los dos tercios de elevación. Está formada por una estrecha galería, donde penetrando á algunas varas de profundidad, termina

en dos pozos. El mayor de estos tiene el fondo á los quince piés, y los lados están cubiertos con adobes; pero nadie sabe á qué uso estaban destinados. Tal vez para guardar las cenizas de algun poderoso jefe, como el solitario recinto descubierto en la gran pirámide de Egipto. Que estos monumentos estaban dedicados á prácticas religiosas, no tiene duda; sirviendo á la vez acaso de sepulcros y de templos. Señales distintas del último destino son visibles en la cima de la pirámide mas chica, y consisten en los restos de paredes de piedra, mostrando una construcción de considerable tamaño y fortaleza. No hay vestigios en la cúspide de la pirámide del sol. Pero el que se toma el trabajo de subir á su calva cima, queda ampliamente compensado con la espléndida vista que descubre. Hacia el Sudeste se ven las colinas de Tlascala, rodeadas por sus plantíos verdes como la esmeralda, y sus cultivadas llanuras de trigo, en medio de las cuales permanece la pequeña población, en otros dias la soberbia capital de la República. Algo mas allá, hacia el Sur, la vista atraviesa las hermosas llanuras que yacen al rededor de la ciudad de Puebla; y al Oeste el VALLE de Méjico, que se extiende como un mapa con sus disminuidos lagos y su orgullosa capital, levantándose aun á mayor gloria de sus ruinas y sus ceñudas colinas, reuniéndose gravemente á su rededor, como

en los dias de Moctezuma. La cima de la mas grande elevacion se dice haber estado coronada por un templo, en el que habia una colosal estatua de su deidad propicia, el sol, hecha de un solo trozo de piedra, y mirando al Oriente. Su pecho estaba protegido con una placa de oro bruñido en el que los primeros rayos del naciente luminar centelleaban. Un anticuario, en la primera parte del último siglo, habla de haber visto algunos fragmentos de la estatua. Aun se descubria en la invasion de los Españoles, y fué demolida por el infatigable obispo Zumárraga, cuya mano cayó con mas peso que la del mismo tiempo sobre los monumentos aztecas. Al rededor de las principales pirámides hay un gran número de otras pequeñas, rara vez pasando de treinta piés de altura, que segun la tradicion estaban dedicadas á *las estrellas*, y servian de sepulcros á los grandes hombres de la nacion. Están arregladas simétricamente en calles que terminan á los lados de las grandes pirámides, que dan á los puntos cardinales. La llanura en que se hallan se llama *Micoatl*, ó camino de la muerte. Se encuentran á veces, cuando ara el labrador en olvido completo de aquellos grandes recuerdos, puntas de flecha, y hojas de obsidiana, que acreditan el espíritu guerrero de su primitiva poblacion. ¿Qué de pensamientos cruzan por la mente del viajero, cuando vaga entre estas

memorias de lo pasado; cuando huella las cenizas de las generaciones que levantaron estas fábricas colosales, que nos llevan desde lo presente á los mismos abismos del tiempo! ¿Pero quiénes fueron sus constructores? ¿Eran los misteriosos Olmecas, cuya historia, como la de los antiguos Titanes, está perdida en las sombras de la fábula, ó, como se ha mencionado vulgarmente, los pacíficos é industriosos Toltecas, de quienes todo lo que podemos columbrar descansa en tradiciones con dificultad mas seguras? ¿Qué sucedió con las razas que las construyeron? ¿Quedaron en el suelo, y se mezclaron é incorporaron con los fieros Aztecas que les sucedieron? ¿O pasaron al Sur, y hallaron un campo mas ancho para la expansion de su civilizacion, como lo muestra el carácter mas elevado de sus ruinas arquitectónicas en las lejanas regiones de Centro-América y Yucatan? Todo es un misterio sobre el que el tiempo ha arrojado un velo impenetrable, que ninguna mano mortal puede levantar. Una nacion ha cruzado, poderosa, populosa y muy adelantada en el refinamiento, como lo atestiguan sus monumentos; pero ha perecido sin nombre. ¡Ha muerto sin dejarnos ningunos rasgos de su vida!

A corta distancia de estos monumentos célebres está el pueblo de Otumba, que se compone de algunas casas regulares, una plaza con unos portales,

la parroquia y dos mesones; no tiene en el día importancia alguna, si no es para el amigo de las antigüedades, de la vida desvanecida, de los cementerios de los acontecimientos grandes. Cuando Cortés, después de la retirada en la famosa *Noche Triste*, se dirigía á buscar un refugio en Tlascalá; cuando su pequeño tercio trepaba á los cerros que cierran el valle de Otumba, su descubierta volvió con la noticia de que un poderoso cuerpo estaba campado en la otra parte, probablemente aguardando su llegada. Esta noticia pronto se confirmó por sus propios ojos, cuando dieron vuelta á un creston de la sierra, y miraron desplegada abajo una hueste numerosa, llenando toda la profundidad del valle, y dándole la apariencia, por las armaduras de algodón de los guerreros, de estar cubierta de nieve. Este espectáculo podría resfriar á hombres muy bravos, pero aquellos Españoles tenían corazones de león. Consistía aquella muchedumbre en levas de todo el país convecino, y especialmente del populoso territorio de Tezcucó, traídas á instancias de Cuiclahua, sucesor de Moctezuma, y ahora concentradas en este punto para disputar el paso á los Españoles. Cada jefe de nota había tomado campo con todos los suyos rodeados bajo su estandarte, desplegando orgullosamente toda la pompa y rudo esplendor de su equipo militar. Hasta donde la vista

podía alcanzar, se descubrían escudos y ondulantes banderas, yelmos fantásticos, selvas de brillantes picas, el brillante plumaje del jefe, todo mezclado en salvaje confusión, y agitándose aquí y allá como las olas de un mar irritado. Fué un momento solemne cuando el adicto y pequeño tercio con firmes rostros, y su usual intrépido pié, descendió á la llanura, para ser tragado, como parecía, por el vasto océano de sus enemigos. Estos se lanzaron con impetuosidad á encontrarlos, haciendo resonar las montañas con los discordantes aullidos y gritos de guerra, y enviando descargas de piedras y flechas que por un momento oscurecieron la luz del día. Pero cuando se estrecharon las delanteras filas de los dos ejércitos, la superioridad de los cristianos fué sentida ya, porque sus antagonistas caían rechazados ante las cargas de caballería, entrando en confusión por su mismo número, que los empujaba de atrás. La infantería española siguió el movimiento, y un ancho campo se abrió en las filas del enemigo, que cejando por todas partes, parecían deseosas de conceder libre paso á sus antagonistas. Pero era para volver sobre ellos con fuerza acumulada, cuando rehaciéndose daban sobre los cristianos, envolviendo el pequeño tercio por todos lados, que con su erizado aparato de largas espadas y dardos, permanecía firme, según las palabras de un

contemporáneo, como una isleta en la mar combatida de las olas por todas partes, pero en vano. La lucha era desesperada y cuerpo á cuerpo. Los Tlascaltecas parecían renovar su fuerza, puesto que combatian casi á la vista de sus colinas natales; y como el Español, con la horrible suerte del cautivo ante sus ojos. Muy bien desempeñaron su deber los jinetes este día, cargando en pequeños grupos de cuatro ó cinco unidos, que se hundían en lo profundo entre las hileras enemigas, arrollando con sus caballos las rotas filas, y por medio de esta ventaja temporal dando fuerza y valor á la infantería. No habia allí una sola lanza que no estuviese empapada en la sangre del infiel. Entre todos, el jóven capitán Sandoval se recuerda particularmente por sus intrépidas proezas. Manejando su brioso corcel con fácil destreza, partía cuando menos esperado, en lo mas recio de la contienda, volcando á los mas robustos guerreros, y regocijándose con el peligro, como si fuera su elemento natural. Pero estas bizarras ostentaciones de heroismo servian solo para engolfar á los Españoles en la masa del enemigo, que apenas era mayor la débil probabilidad de tajarse camino entre los densos é interminables batallones, que de abrirse paso con sus espadas hácia las montañas. Muchos de los Tlascaltecas, y algunos Españoles, habian caido, y ninguno dejaba de estar

herido. El mismo Cortés habia recibido un segundo tajo en la cabeza, y su caballo estaba tan dañado que se vió precisado á desmontar, y tomar uno del tren de bagajes, animal fuerte que lo llevó bien entre el tumulto de la jornada. Hasta ahora el combate habia durado por varias horas. El sol rodaba alto en los cielos, y lanzaba un ardor intolerable sobre la llanura. Los cristianos debilitados por previos sufrimientos, y desmayados con la pérdida de sangre, empezaron á laxar en sus desesperados esfuerzos. Los enemigos, continuamente apoyados por refuerzos de la retaguardia, estaban todavía en buen estado, y prontos en percibir su ventaja, urgían con fuerza redoblada sobre los Españoles. La suerte del día pronto se iba á decidir en contra los cristianos, y todo lo que les quedaba era vender sus vidas lo mas caro posible. En este crítico momento, Cortés, cuyos incansables ojos habian estado girando al rededor del campo en busca de algun objeto que le pudiese ofrecer los medios de detener la ruina que llegaba, alzándose sobre los estribos, descubrió de lejos, en medio del tropel, al jefe, que por su vestido y militar cortejo conoció que debia ser el comandante de las fuerzas bárbaras. Estaba cubierto con un rico sobretodo de manufactura de pluma; y un penacho de bellas plumas, fastuosamente engastadas en oro y piedras preciosas, flotaba sobre

su cabeza. Arriba de este, y adherido á su espalda, entre los hombros, habia una pequeña asta, llevando una red dorada como bandera, singular, pero acostumbrado símbolo de autoridad de un general azteca. El cacique, cuyo nombre era Cihuaca, era conducido en una litera, y un cuerpo de jóvenes guerreros, cuyos alegres y ornamentados vestidos los marcaban como la flor de la nobleza india, estaba en torno como guardia de su persona y del sagrado emblema. El ojo de águila de Cortés no bien cayó sobre este personaje, cuando resplandeció con el brillo del triunfo. Dirigiéndose rápido á los jinetes del lado, entre los que se hallaban Sandoval, Olid, Alvarado y Ávila, les mostró al jefe, exclamando: « ¡ Hé allí nuestro blanco ! Seguidme y apoyadme ! » Entonces, lanzando su grito de guerra, é hiriendo con su talon acerado á su cansado corcel, partió ciego á lo mas espeso de la turba. Sus enemigos retrocedian, atacados por sorpresa, y espantados de la ferocidad del ataque. Los que no fueron atravesados de parte á parte con la lanza, fueron abrumados por el peso del bridon. Los jinetes lo seguian de cerca detrás. Así barrieron con la furia del rayo, rajando las sólidas columnas en dos partes, sembrando su senda con los moribundos y muertos y saltando sobre toda clase de obstáculos interpuestos. En pocos minutos estuvieron en presen-

cia del jefe indio, y Cortés trastornando á sus sostenedores se arrojó adelante con la fuerza de un leon, é hiriéndolo con su lanza, lo derribó en tierra. Un jóven jinete, Juan de Salamanca, que se habia conservado junto á su general, se apeó pronto y despachó al cacique caido. Entonces, arrancándole su bandera, la presentó á Cortés como un trofeo al que tenia mejor derecho que nadie. Todo fué obra de un momento. La guardia sobrecogida por la rapidez de la acometida, opuso poca resistencia, y huyendo, comunicó su terror pánico á sus camaradas. Las nuevas de la pérdida pronto se derramaron por el campo. Los Indios, llenos de consternacion, solo pensaron entonces en escapar. En su ciego terror, su número aumentaba su confusion. Tropezaban unos con otros, imaginando que estaba atrás el enemigo. Los Españoles y Tlascaltecas no fueron tardos en aprovecharse del maravilloso cambio en el negocio. Su fatiga, sus heridas, hambre, sed, todo se olvidó en el ansia de venganza, y persiguieron al fugitivo enemigo distribuyendo la muerte en cada golpe, y tomando amplia retribucion de todo lo que habian sufrido en las sangrientas ciénagas de Méjico. Esta fué la famosa batalla de Otompan ú Otumba, así llamada comunmente por la corrupcion española del nombre. Se dió el 8 de julio de 1520. El número total de la fuerza azteca se calcula

por los escritores castellanos en 200,000; la de los muertos en 20,000. Despues siguió Cortés con su tropa tranquilamente su marcha hasta recibir la hospitalaria acogida de los Tlascaltecas en su cómoda capital.

Forzoso es retroceder por haber adelantado demasiado por esta parte del VALLE, y seguir la marcha del sol, pues por aquí reclaman nuestra atencion otros objetos muy propios que examinar. El *Castillo de Chapultepec*, ó como otros lo llaman el *Palacio*, es un sitio curiosísimo y digno de describirse. En tiempo de los reyes aztecas servia de lugar de recreo, donde iban á descansar de las graves cargas del Estado, y despues de la conquista sirvió de fábrica de pólvora; pero habiendo habido en 19 de noviembre de 1784 una horrible explosion, fué destruida la fábrica con 48 personas. El jóven virey Galvez, viendo la amenidad grave del sitio y su hermosura decorosa, fué el que principió la construccion del edificio, donde ahora se halla el colegio Militar. En 1785 se puso mano á la obra y se gastaron en ella 300,000 pesos. La altura del palacio es de diez y nueve varas; el piso alto tiene quince piezas, el bajo veinte y seis, además de otras tres de un bellissimo corredor que miran al Oriente y que se comunican por una escalera por el patio donde está la plaza de armas, sobre la meseta

principal, en que se halla el palacio; su extension de Oriente á Poniente es de 210 varas y poco mas de 70 de Norte á Sur. La otra meseta mas alta y que domina completamente por la parte de Oriente, tiene una especie de fortin, aunque su construccion en un principio pasó por adorno ó por capricho de una traviesa arquitectura, y se creyó destinado para un jardin; tiene de Norte á Sur 46 varas y 70 de Oriente á Poniente: el centro debia estar ocupado por una fuente que no se concluyó; pero existe un pozo ó barreno perpendicular de 23 varas de profundidad, el que á muy poca distancia horizontal debe comunicarse con una cueva que existe desde época anterior á la conquista, y que tiene una boca ó entrada de $6\frac{1}{2}$ varas de altura, y de profundidad 90 varas. Pero bajemos al Bosque, lugar de encantos indescriptibles. Allí se agrupan aquellos venerables ancianos de la vegetacion, con sus nudosos troncos, y sus canosas barbas que les forma ese parásito ceniciento que cuelga de sus ramas, y anuncia su vejez. De lejos parece que el tiempo al cruzar por aquellas solitarias calles los salpicó con el polvo de los siglos como anuncio de su paso. ¡Qué respetuoso es el silencio que allí reina! parece que el mismo viento no se atreve á tocar sus frentes majestuosas. Pero á la hora de las sombras es cuando deben buscarse estos testigos de acontecimientos tan remotos.

No son los protectores del amor y de sus risueñas ilusiones. No son esos palacios de verdura, delicia de las aves, y morada agradable para venados y alimnas, y teatro vasto para el estrepitoso cazador. Son ruinas vegetales que inspiran grandes recuerdos, y hablan en su silencio elocuente de los mil pueblos que vieron cruzar al pié de sus troncos y que desaparecieron para siempre. Estos árboles son los favoritos del alma y del corazón. Cuando la luna á trechos hace pasar un rayo por el negro ramaje y lo dibuja en el suelo, parece que cruza la sombra vaporosa de alguna beldad azteca ó se reclina junto al tronco melancólica y pensativa; si una ráfaga nocturna y perdida estremece un momento sus ramas que se mueven en la sombra del suelo, párece que brotan los altivos y tristes manes de algun guerrero antiguo que busca zeloso á su amada. Todo es austera poesía, recuerdos taciturnos y viejos pensamientos.

Cerca de aquel magnífico bosque se encuentra á Tacubaya, que viene á ser la capital de los pueblecillos cercanos á Méjico, por su aire aristocrático, sus lujosas casas de campo, su poblacion, y la concurrencia que allí acude los domingos á pasar el dia jugando á los bolos, ó visitando á las familias conocidas ó paseando en jardines. Entre las casas mas notables se cuentan la de Jamison, la de Escandon,

la del conde de la Cortina, la del general Carrera, la de Bardet, la de Iturbe, la de Carranza, la de Al-gara y algunas otras. La de Jamison se destaca aislada en medio de un parque bien cultivado, entre árboles, plantas y flores. Tiene cuatro frentes y para cada uno de ellos una fachada, como si cambiase de aspecto regocijada al ver esos bosquecillos que por todas partes la contemplan, brindándole su verdura y sus rosas. Tardó en construirse tres años, y se gastaron como unos 150,000 pesos. La casa de Escandon tiene la entrada hermosa, y desde ella se ve, allá en el fondo, una parte de la fachada, pues la otra se esconde en el parque como esquiua, para excitar la curiosidad del visitante. Una calzada de árboles nobles y elevados nos conduce hasta la entrada, que es circular; un peristilo corintio, con su enlosado de mármol de Génova, sostiene el segundo cuerpo de la casa. Las entradas, por los lados izquierdo y derecho, las forman dos pórticos tambien corintios. En lo interior, el patio se halla cubierto de una cúpula de cristal, y unas columnatas de cantería, estucadas primorosamente, sostienen cuatro alas de portalería y corredores. El salon, comedores, billar, antesala y cocina están, al estilo inglés, en el piso bajo. Las recámaras, baños y tocadores, todo con su debida separacion é independencia, están en el piso alto. En la espalda están

las caballerizas, las cocheras y cuartos para criados. Todo se halla bajo un pié de lujo brillante y que no desecharia un lord inglés. Tambien el arte hermoso de la pintura ha hallado acogida en esta quinta elegante. Una galería que perteneció al conde de la Cortina, fué comprada por el propietario, y se compone de algunos originales de Pablo Céspedes, Alonso Cano, Cabrera, Tenard, Gerardo Dow, y buenas copias de Rafael, Ticiano y Corregio. En el jardin hay *kioscos*, cenadores, grutas de hiedra y madreSelva, y todos esos resortes de la jardinería para alegrar el ánimo. Hay un estanque de tres varas de profundidad para la natacion, tiro de pistola, juego de bolos, un tren de caballos y carritos para los niños, una gran pajarera, faisanes dorados, cisnes negros de Australia con otras aves curiosas, y otros nuevos recursos de distraccion y recreo. Tambien se halla en este pueblo un árbol notable por su hermosura, y se conoce por el *árbol bendito*, que se halla en una de las casas del señor Gorostiza. Hay un convento de San Diego, que se halla colocado en la parte alta, y con su aspecto grave y religioso imprime variedad al pintoresco panorama de la poblacion. El edificio del Arzobispado ha sido comunmente convertido en el Aranjuez de los presidentes de la República, pues van allí á establecerse en el verano.

Otro de los puntos del VALLE que mas llaman la atencion es *Tlalpam* ó *San Agustin de las Cuevas*, notable por su fertilidad, sus casas de campo, y la hermosura de las cercanías, entre alegre y sombría, con sus arboledas frondosas y sus salvajes peñas. En la Pascua del Espíritu Santo aquí establece su corte la ciega reina, la caprichosa Fortuna, por espacio de tres dias, y allí va todo Méjico á depositar en sus altares ofrendas de oro, con el objeto de hacérsela propicia; pero al fin es esquivada como hembra, y voluble como su rueda. ¡Cuántos á este solo nombre de *Tlalpam* llevan tristemente la mano á los bolsillos, cuántos palidecen y suspiran! Allí se establecen en los dias mencionados varias *partidas* ó *montes*, con un capital de 4,000 hasta 3,000 onzas cada una, segun su clase, y allí el jóven, el viejo, el campesino ó cortesano, todos prueban la suerte, y se ven albures hasta de 4,000 onzas. En estos dias no es mal visto el que juega, y una gran parte de los que allí concurren es la única vez que colocan sus monedas en una carta. Los montes se componen de una sala sin ningun mueble, á excepcion de una mesa rodeada de sillas, y cubierta de una carpeta verde, con unos cuadros de paño negro con dos divisiones para separar las paradas, y un par de velas de cera. Las onzas están formadas en dos columnas, y en el centro las luces y el repuesto

de barajas. Todas las sillas están ocupadas, y detrás hay una segunda y hasta tercera fila de jugadores, entre los que no se oyen juramentos ni ocurren disputas, pues se juega con la mayor legalidad; nadie posee el valor del mejicano para apostar, y se le ve ganar ó perder mil onzas de oro á menudo con la mayor sangre fria. El tallador baraja las cartas, da á alzar por turno al que ha ganado entre los que están sentados; salen las dos cartas, y se separan por las divisiones de la pequeña carpeta que está numerada: siguen las apuestas, y cuando se han concluido, pregunta con voz acentuada el tallador: ¿Corre? Otro tallador echa una mirada á ver si está todo arreglado, y nadie falta por poner su apuesta, y luego dice: ¿Puede! La baraja se la dan al que alzó para que corra el albur; si él no quiere, lo hace á la vista de todo el mundo el tallador. Es un silencio solemne y angustioso, como el de un terremoto, el que sigue entonces, mientras están pasando las cartas; en las contracciones y cambios de fisonomía se pueden contar las cartas que van salidas; por fin sale una de ellas, y unos se alegran para que otros se aflijan. Las señoras no juegan, pero dan una cantidad de dinero á alguno para que unido á sus fondos lo exponga todo al azar; y se llama á esto dar ó formar una *vaca*, y acaso lleva el nombre de ese cuadrúpedo, porque esperan una buena ordeña,

no de leche sino de oro que es mas apetitoso; pero sucede frecuentemente que estas *vacas* se vuelven estériles ó mueren bajo la espada de una sota ó de un caballo. El resto del año está desierto como un panteon: y lo es efectivamente de algunas fortunas, de muchos proyectos, de muchos cálculos, de muchas ilusiones, en que sirvió de sepulturero una figura, y de losa sepulcral un carton. Hay además bailes, peleas de gallos; pero todo esto es secundario.

El *Desierto de Cuajimalpa* es otro de los sitios mas bellos del VALLE, y viene á servir de inmenso Album para el viajero, pues en sus vetustas y apergamizadas paredes, á manera de las hojas de aquel, escriben los que van á visitar aquellas ruinas, no solo sus propios nombres, sino los que mejor sabe su corazón. Allí se ven enlazados por la escritura, si no por la Iglesia, al amante con su amada, y tambien se contemplan parejas de amigos que darian envidia á los mismos Pilades y Orestes. Otros dejan en este lugar muestras de su ingenio en graves sentencias ó en sentimentales versos inspirados por la hermosura de la escena. — Hay una bóveda que se llama del *secreto*, porque aplicando los labios dos interlocutores en los ángulos opuestos de ella, y articulando palabras con la mas tenue voz, llegan á los oídos del compañero, claras é inteligibles, y las

personas situadas cerca de aquellos ó entre los dos, no escuchan ni el mas leve rumor. — El cuadro es de los mas imponentes; pero valgámonos del pincel descriptivo, fácil y diestro del señor D. Luis de la Rosa: « Al subir la fragosa sierra que separa el valle de Méjico de las amenas llanuras de la tierra caliente hay un terreno selvático y solitario, cubierto enteramente de pinos, entre los que solo se encuentran algunos encinos y uno que otro árbol silvestre. La vista se cansa allí, y se fatiga de ver por todas partes pinos, bosques y umbría, por todas partes soledad y un silencio que solo interrumpe de cuando en cuando el canto de las aves. Si dirige uno la vista al Sur, no ve sino el bosque de pinos que cubre y oscurece la serranía y algunas humaredas de los carboneros que salen de entre la espesura de aquel pinal, y se elevan hasta la cumbre de la Sierra. Si vuelve uno los ojos á su derredor, el terreno por todas partes se presenta igualmente selvático; si fija uno sus miradas en los declives y quebradas, por todas partes una misma vegetacion, un mismo bosque y una misma perspectiva. Solamente interrumpe esta uniformidad un trozo de agua pura, que baja de la Sierra, como una culebra de plata que corre y se desliza cristalina, que murmulla en algunos puntos, y que despeñándose en otros, da animacion y vida á aquella perspecti-

va. La elevacion de los pinos, la triste inmovilidad de estos árboles, el oscuro verdor de su ramaje, aquellas grandes masas de sombra por entre las que solo penetran algunos rayos del sol, el silencio y la soledad del bosque, todo da á este desierto un aspecto salvaje y melancólico. Pero á lo lejos, en lo mas profundo de la hondonada, se ve blanquear un edificio que parece un grande caserío. ¡ Con qué ansia desea uno bajar á aquel sitio, donde espera hallar algunas familias campesinas, y al derredor de sus hogares algun cultivo! Mas, á proporcion que uno se acerca, va viendo con sorpresa, que aquello que parecia á lo lejos un extenso caserío, no es mas que un grande hacinamiento de ruinas. Es el antiguo convento de los Carmelos del Desierto, es el palacio destruido de unos cenobitas, cuyos restos manifiestan todavía su grande extension, su solidez, y la sencillez y regularidad de su arquitectura. Al entrar uno por donde fué la portería, se encuentra luego en un patio lleno de escombros, sobre los que han crecido algunos árboles. Recorriendo las ruinas se pierde uno en un laberinto de patios, de claustros, de celdas, de subterráneos y de bóvedas. ¿ Porqué habrán abandonado aquellos religiosos un sitio tan á propósito para el estudio y la meditacion, y para una vida solitaria y de contemplacion y penitencia?... Era, por otra parte,

verdaderamente hermoso para los que habitando en él perpetuamente, verian sucederse en esos bosques y en esas serranías las estaciones con sus magníficas escenas, con sus variadas y pintorescas perspectivas. ¡Cuántas veces habrán contemplado en la grandeza del poder de Dios, al oír crujir los pinos destrozados por el huracán, que pasaba bramando sobre la selva! ¡Cuántas veces habrán admirado las bellezas de una naturaleza salvaje y misteriosa, cuando en la estación de las lluvias hayan visto bajar de la serranía torrentes espumosos, oyendo resonar por todas partes el estruendo con que ellos se despeñan! En algunos días de invierno habrán visto la cumbre del Ajusco, resplandeciente con la blancura de la nieve, levantándose hermosa entre el verdor sombrío de sus pinales. Otras veces, contemplando en la noche la tenebrosa tempestad, entre el fulgor del rayo y entre el estruendo de la selva, habrán creído ver á Eliseo que pasaba sobre las nubes en un carro de fuego. Para ellos, hombres piadosos, consagrados á la meditacion y penitencia; este retiro habrá sido sin duda hermoso y encantador. Ahora no hay en él mas que ruinas, verdes y umbrosos bosques, un trozo de agua pura, y algunas aves; una triste soledad y un melancólico desierto. »

Del señor D. Alejandro Arango y Escandon ex-

tractamos las noticias que siguen sobre *Mixcoac*, otro de los pueblecillos amenos del VALLE: « Está situado á poco mas de dos leguas de la capital, al S. O. Su poblacion es en la actualidad de unos 1,500 habitantes, repartidos así en el casco del pueblo, como en varias huertas y barrios de sus alrededores. Son en su mayor parte indígenas, y se ocupan en la labranza de pequeñas suertes de tierra, que tienen ya en propiedad, ya en enfitéusis. Se cosecha una corta cantidad de maiz, que se consume en el mismo pueblo, y se cogen varias frutas que se llevan á los mercados de la capital. Su única industria consiste en la fabricacion del ladrillo, para la cual se cuentan hasta diez hornos, siendo el que se elabora en este pueblo el mas estimado de cuantos se introducen en la capital. Entre sus edificios es notable únicamente la casa del Lic. D. Francisco Molinos del Campo, por lo espacioso y sólido de su construccion. Es bella tambien la del señor magistrado D. Antonio Fernandez Monjardin. Hay barrios con huertas y lugares deliciosos donde crecen con notable lozanía los fresnos y chopos. Aunque cuando Cortés se acercó á la capital, existia ya este pueblo, al cual da el conquistador en una de sus cartas al emperador Carlos V el nombre de *Mixquique*, no conserva, sin embargo, ningun resto ni monumento de la época anterior á la conquista.

Posteriormente, el único suceso notable, si así puede llamarse, acaecido en *Mixcoac*, es la mansion que hizo en él el presidente general Herrera y sus ministros, á su regreso de Querétaro, en 1848, al evacuar el ejército americano la capital, en virtud del Tratado de Guadalupe.

El oscuro pueblo de Churubusco ha adquirido desde la invasion Norte-Americana un renombre militar por la gloriosa defensa que allí hicieron varios cuerpos de guardia nacional. Cuando el enemigo cambió la base de sus operaciones despues de la memorable batalla de la Angostura, lanzó al mando del general Scott un numeroso ejército que se apoderó de Veracruz, despues de una heroica defensa, asaltó despues las posiciones de Cerro-Gordo arrollando á nuestros soldados, entró en Puebla, y allí tomó un descanso para emprender sus operaciones decisivas sobre la capital. En esta se improvisó un ejército con elementos heterogéneos, y por esta razon muy fáciles de fraccionarse en el momento de la prueba. Así fué en efecto, y es una cosa que debe consignarse el que siendo nuestras tropas dobles en número á las enemigas, estas en todos los campos de batalla encontraron delante menos soldados mejicanos que los que contaban ellos en sus filas. En Padierna se batió el ejército del Norte, que era la flor de los nuestros,

fuerte de 4,000 hombres. En Churubusco, una parte de la guardia nacional en número de 4,000. En el Molino del Rey, unos 2,000 valientes, entre permanentes y nacionales. Y en todas partes, todo el grueso de las fuerzas de Scott. Pero nuestro objeto es solo referir la defensa del convento de San Diego de Churubusco, á cuya memoria se erigió en el año pasado un sencillo monumento en honor de los intrépidos defensores, que allí hicieron patente, que no era la cobardía la que preparó al enemigo aquella cadena de triunfos, sino nuestros errores y funestas disensiones. Asistió á la ceremonia el actual presidente de la República D. Ignacio Comonfort, y es digno de alabanza el empeño que tomó en que se llevase á efecto aquel proyecto, lo mismo que otro del mismo género en el Molino del Rey. Varios de nuestros mejores vates leyeron buenas composiciones, para honrar á nuestros bravos. — El pueblo y convento de Churubusco está situado á dos leguas de Méjico, en la confluencia de los caminos de Tlalpam y Coyoacan, y en el punto de interseccion de aquellos. Varios grupos de chozas humildes de adobes, construidas entre sementeras de maiz, circundan la iglesia, que por la solidez de sus paredes y robustez de la torre, podia servir de defensa para disputar el paso al enemigo. Por la premura del tiempo y escasez de recursos, solo se pudo cons-

truir una fortificacion pasajera ; consistiendo en un parapeto de adobes, de cerca de ocho piés y medio de espesor, á la distancia de veinte pasos de la puerta del convento , y defendido con fosos ; pero solo cubria el frente y costado izquierdo, pues quedó descubierto el flanco derecho, y en las bóvedas nada habia para cubrir á sus defensores. La guarnicion se reducía á los batallones de Bravos é Independencia , este al mando de Peñuñuri , y áquel al de Gorostiza : el parque de artillería se componia de cinco piezas ; habia además varios piquetes del Sur y la compañía de San Patricio , formada de irlandeses. Mandaba en jefe el general Rincon , y como su segundo el general Anaya, quienes dispusieron no se disparase al enemigo hasta que este se hallase á corta distancia , para aprovechar los tiros , y no desperdiciar las municiones , que eran muy escasas. El dia 20 de agosto de 1847, se presentó el enemigo vencedor en Padierna , y bajo cuyos auspicios emprendian el nuevo ataque. Los soldados mejicanos habian escuchado el eco del cañon con una ansiedad indefinible , pues que se disputaba en los alrededores de la Magdalena la suerte de la República , y poco tiempo despues supieron el infausto resultado. En seguida vieron pasar los restos de aquellas tropas, las fuerzas que se hallaban en San Ángel , y las de San Antonio ,

en el movimiento de reconcentracion que se verificaba, y conocieron que su suerte era la de sacrificarse para asegurar la retirada del ejército ; pero en cumplimiento de su deber solo pensaron en combatir al enemigo, aunque en medio de circunstancias tan aciagas. El general Twiggs ataca por el rumbo de Coyoacan , y Worth por el de San Agustín , y el fuego de la fusilería no cesa un solo instante acompañado del estruendo repetido del cañon. Los enemigos avanzan con resolucion , pero son rechazados por nuestras tropas en su primera acometida. En los momentos comprometidos de la segunda carga, el general Anaya subió á la explanada á caballo, mandó cargar una pieza á metralla, y él mismo dirigió la puntería , pero se incendió el parque abrasando á cuatro ó cinco artilleros, al capitán Oleary que la servía , y el general quedó ciego por algun espacio de tiempo , pero permaneció imperturbable sobre el teatro de la accion , que continuó encarnizada por ambas partes, y nuestro pabellon ondeaba valientemente iluminado por los fuegos y remecido por nubes de humo que lo circundaban como guerrero incienso. Aquellas miserables chozas tiemblan al trueno de la artillería como conecedoras del peligro, y algunas vienen á tierra con los estragos de la lucha , en que brilla la impetuosidad de nuestros nacionales que saltan de los pa-

rapetos para acercarse mas al enemigo. Mil hechos gloriosos podrian citarse de abnegacion y bizarría con que procuraban distinguirse nuestros oficiales y soldados. El enemigo mostró una calma y obstinacion en el ataque dignas de las mejores tropas, y el pabellon de las estrellas, que al fin empuñó el general Twiggs, recibió veinte y dos balazos, cambiando muchas veces de manos. Tres horas y media habia durado la lucha, repitiendo los Americanos sus esfuerzos que hacian inútiles los defensores de Churubusco; pero nuestro fuego fué cesando poco á poco, hasta que se extinguió completamente, pues se agotaron las municiones. Los generales Rincon y Anaya mandan que la tropa se replegue al interior del convento, lo cual ejecuta con la mas profunda tristeza. Entonces Peñuñuri carga al enemigo con unos cuantos soldados á la bayoneta, y cae víctima de su arrojo. El patriota capitán de cazadores D. Luis Martinez de Castro, al abrirse paso por entre los enemigos, recibe una herida mortal; y este jóven deja un vacío lamentable entre los buenos ciudadanos y en la literatura nacional. Replegadas las fuerzas nuestras, creyeron los enemigos que era un ardid de guerra, y no se decidian á avanzar; el primero que penetró fué el valiente capitán Smitt, del 3º. de línea, quien viendo que aguardaban su suerte los nuestros, sin hacer fuego, con-

tiene á los que lo siguen para evitar que los suyos se cebaran en los vencidos. De los defensores unos rompian sus armas, de cólera, otros se desesperaban y buscaban por todas partes un cartucho para tener el gusto de quemarlo por última vez hiriendo á algun enemigo. La defensa mereció elogios hasta de los mismos enemigos, quienes permitieron, como distincion honorifica, que los oficiales prisioneros conservasen sus espadas. El general Rincon, que mandó la defensa, se mostró con inalterable sangre fria. Gorostiza, nuestro célebre autor dramático, dió pruebas de inalterable valor; y todos cumplieron con su deber, haciendo pagar al enemigo bien cara la posesion de aquel punto, y dando tiempo suficiente al grueso de nuestro ejército para que se rehiciese. Sin la heroica defensa de Churubusco, ese mismo dia hubiera entrado el enemigo, orgulloso y vencedor, en la capital de la República.